

nos en reconocer. Focanos insistir en la empresa comenzada, y continuar con incansable constancia buscando nuevos datos y, en todo caso, preparando el camino a escritores más afortunados, que con mayor abundancia de elementos, con mirada más vasta y penetrante, puedan presentar con nuevos puntos oscuros el cuadro de nuestra cultura filosófica.

Una última aclaración: la crítica será imparcial y jamás irá contra las personas, sino contra las doctrinas, cuando necesario sea.

Xinacantipic 23 de Julio
de 1895.

Emeterio Valverde G.
Presbítero.

Apuntaciones Históricas
sobre la
Filosofía
en
México.

Libro primero.

Capítulo I.

La filosofía

I.

Excelencia y sublimidad de la filosofía.

Cada facultad del hombre, tiene, como el mismo hombre su providencial destino. Por esto cada facultad, lleva consigo innata propensión al propio objeto. Cuando se alcanza dicho objeto, habiendo seguido escrupulosamente las severas prescripciones de la recta razón, se experimenta inflexible pla-

cer en la legítima posesión de un bien que, por decirlo así, integra á cada facultad que por su naturaleza es esencialmente relativa.

La más noble y sublime, la reina de muchas facultades cognitivas, el entendimiento, brindada al espíritu suavísima, dulcísima satisfacción, cuando solícito, anhelante va tras de la verdad, como la mariposa sigue la luz, como el amantelado amante va en pos del objeto de su amor: y cuando llega á poseerla hace que el alma saboree gratísima quietud.

Por semejante manera, véase en el orden afectivo á la graciosa soberana que lleva el nombre de voluntad, enamorada siempre del bien al que busca con irresistible tendencia, y al que algunas veces tiene la dicha de poseer.

Sin salir de los límites de una misma facultad, es natural que, en proporción de la excelencia del objeto que se busca, y á medida que son mayores las dificultades

que se arrostran en el camino que se recorre para conseguirlo, ~~se~~ ^{sea} mayor la gloria del triunfo y por tanto más acendradas las delicias del alma.

Las verdades que científicamente demostradas y dispuestas en armónico conjunto, son el objeto de la filosofía, se encuentran ahondando mucho en el terreno de la inteligibilidad: así, los más preciosos metales se hallan más profundamente escondidos en las entrañas de la avara tierra.

Las causas y los efectos en su esencia; las más sutiles pero estrechas relaciones que los unen; las razones de ser en el orden más trascendental y alejado de la sensible observación; profundidades donde el espíritu parece que se pierde; alturas donde el alma padece vertigos; puntos apenas accesibles á las furras concentradas de una vigorosa razón; abstracciones donde el entendimiento deja lejos, muy lejos el polvo de la materia, abandonando quizá los sentidos y la

misma imaginación para que no estorben; lo que reclama mirada más penetrante; principios de más vasto influjo en todo género de verdades; esto busca ansioso la mente del filósofo. (1)

¡Filosofía! Consorcio sublime de amor y de verdad! Como el alma y el cuerpo se unen con misterioso lazo para formar al hombre; así el amor, expresión de la tendencia del ser inteligente á la verdad, y la verdad misma se estrechan con vínculo ^{div}insoluble para formar esta ciencia que entre las humanas, es la que más claramente nos revela la altura de nuestro origen, la excelencia de nuestro destino, "la línea de Dios á Dios", como tan acertadamente ha dicho el mejor y más elocuente de los filósofos mexica-

(1) En todos nuestros elogios dirigidos á la filosofía, tratamos siempre de la verdadera, pues el error debería arrancar amargas lágrimas.

nos. (1) Es el más puro raudal de luz que brota de la humana inteligencia, "participación de la luz increada." (2)

Con efecto, á través de las espesas brumas que algunas veces han obscurecido el pensamiento filosófico; en medio de las vicisitudes por que ha venido atravesando desde sus orígenes ya remotos, descubre siempre el primero de sus elementos, el amor, el anhelo, la fuerza irresistible que inclina á inquirir la verdad, "Philosophia quaerit veritatem." (3) Ese amor, es como la ardorosa sed que conduce al fatigado caminante al arroyo de agua cristalina que disciende, desde las heladas cumbres de nuestras montañas hasta el fondo de los valles: ese amor, es tan vehemente como la insaciable ambición de mundanal gloria que empuja de laure-

(1) El Illmo. Sr. Munguía.

(2) Sto. Tomás de Aquino.

(3) Juan Pico de la Mirandola.

les la frente de Alejandro, de César y de Napoleón.

Han existido hombres ilustres, encarnaciones de ese amor, Sócrates, Platón, Aristóteles lustre inextinguible de la antigua Grecia, de aquella Grecia inmortal que idolatraba en la belleza: Marco Julio Cicerón, gloria la más legítima y inviolable de la tribuna romana y el que más perfectamente comprendió la hermosura de las concepciones griegas. Y cuando la voz del cristianismo llevó sus aceros hasta los confines del universo y la celestial doctrina vino a difundir su luz sobre los más profundos misterios de la razón humana, empezaron a figurar otros genios representantes de la filosofía cristiana; ¿los nombraremos a todos? Basten S. Agustín y el Sol de las Escuelas.

Ahora, ¿qué es la mente sin la verdad? ésta es la vida de la inteligencia. Sin la verdad, ni tendría conciencia de sí mis-

ma, porque estaría como el ojo sin la luz, como el oído sin las vibraciones del sonido.

¡Qué inmenso es el campo de la inteligibilidad, y por consecuencia el de la verdad! Dios, verdad infinita por naturaleza, infinitamente cognoscible e infinitamente conocido por sí mismo y en sí mismo y con un acto que es el mismo; realidad summa, sin principio ni fin, eterno, único, incompreensible, omnipotente, bondad y belleza por esencia; en él está la razón de ser y el tipo de toda cosa criada, el porqué de la posibilidad del incalculable número de los posibles.

Las criaturas, en su posibilidad, en su esencia metafísica, existente eternamente en Dios por infable modo: allí existen de alguna manera las criaturas, porque, como hemos dicho, Dios es la primera causa, el eterno y perfectísimo modelo, o arquetipo de cuanto puede participar de la existencia física; y estando así las esencias en Dios, son verdad purísima, indeficiente; hay que distinguir el eterno